

[Revista Latinoamericana de Estudios Educativos (México), vol. XIII., núm. 4, p. 157-168]

VARIOS AUTORES. *Ensayos sobre la educación de los adultos en América Latina*, compilación de Carlos Alberto Torres, Centro de Estudios Educativos, México, 1982 (689 pp.).

No es un hecho frecuente la reunión de diferentes puntos de vista sobre la educación de los adultos en un solo volumen. Tampoco es usual la confluencia de destacados estudiosos de este tema, provenientes de diferentes corrientes y países del continente (incluyendo a EE.UU.).

En este sentido, el texto le permite al lector realizar un diagnóstico del estado del arte de la educación de los adultos en América Latina, o bien revisar —según su centro de interés— alguna de las cuatro partes en que se ha dividido la publicación de trabajos:

1. Aspectos sociales, económicos y políticos de la educación de adultos (9 artículos).
2. Aspectos pedagógicos de la educación de adultos (7 artículos).
3. Experiencias de educación de adultos (5 artículos).
4. La capacitación de los educadores de adultos (2 artículos).

A estas cuatro partes se añade un apéndice, que consta de una sucinta información sobre los 28 colaboradores (personas e instituciones que elaboraron los artículos), un índice analítico y una guía práctica para la formulación de programas de educación para adultos.

Primera Parte

En la primera parte se pretende reflejar una discusión de carácter teórico-metodológico sujeta a investigación empírica que procura ahondar en las relaciones entre la educación de los adultos y la estructura socioeconómica de nuestros países. Distinguimos aquí tres grupos de trabajo, el primero de los cuales estaría constituido por los artículos de Aldo Solari, Ernesto Schiefelbein y Carlos Muñoz Izquierdo.

Aldo Solari expone las desigualdades económicas y sociales del continente y describe bajo qué condiciones la educación de los adultos puede contribuir a disminuirlas.

El autor identifica tres grandes sectores demandantes de educación de adultos: en primer lugar, los indígenas rurales, particularmente las mujeres; en segundo lugar los campesinos y asalariados rurales, y en tercer lugar, los obreros asalariados urbanos.

Solari reconoce que la tasa global de analfabetismo ha disminuido en varios países de América Latina, pero el número absoluto de analfabetos no disminuye, en gran parte a causa del crecimiento poblacional. Por otro lado la reducción en los porcentajes se debe más a la expansión del sistema escolar y a la muerte de los analfabetos que en resultados concretos de la educación de los adultos.

Finalmente, el autor sostiene que “una educación de adultos bien concebida y en relación con la demanda potencial sería un importante instrumento de disminución de las desigualdades sociales. El punto es que las alianzas políticas y sociales existentes son muy poco favorables a perseguir sistemáticamente ese objetivo”. Mientras tanto, la educación de adultos se utiliza para integrar a los sectores más atrasados al proyecto económico y político de las clases dominantes.

Ernesto Schiefelbein aborda el problema de la relación entre educación de adultos y empleo. Plantea que se ha enfatizado, exageradamente la alfabetización, olvidando el proceso de educación permanente. Después de describir la situación de los adultos analfabetos y el ritmo con que ha variado su magnitud y composición (que presenta en 24 cuadros), concluye que la decisión de alfabetizarse responde más a una presión del mercado de trabajo que a una decisión racional, y que no siempre un mayor nivel educativo implica mayores remuneraciones.

En lo que atañe a la capacitación, señala que las actividades de formación profesional atienden preferentemente a la fuerza de trabajo del sector secundario de la economía, al tiempo que se separan de la educación formal.

El autor finaliza su trabajo poniendo sobre la mesa algunos de los problemas pendientes. Entre ellos destacan la certificación de conocimientos adquiridos fuera del sistema formal, la falta de tiempo de los adultos para participar en programas educativos, los mecanismos de inserción en el mercado de trabajo del sector informal, y la identificación de los elementos que motiven a los adultos: interrelaciones adultos-niños en un mismo programa (como el de padres e hijos que el CIDE expone en la tercera parte del libro); concientización política, etcétera.

En el tercer trabajo, Carlos Muñoz Izquierdo analiza los aspectos económico de la expansión escolar y de los programas de educación extraescolar. En el primer tópico, concluye que el mercado de trabajo está estructurado de tal manera que provoca profundos contrastes entre los niveles de vida de unos pocos y los de los grupos mayoritarios, independientemente de la escolaridad, que está determinada por la posición social. En el segundo tópico, señala —en la misma línea que el artículo anterior— que la educación no formal urbana tiene un efecto mínimo sobre el ingreso y que los programas educativos destinados al medio rural sólo son útiles cuando forman parte de programas de desarrollo agrícola. Por el contrario, el alfabetismo resulta prácticamente inútil para el campesino minifundista temporalero que no ha participado en algún programa de desarrollo, aun cuando los beneficios de estos programas están muy lejos de modificar la realidad estructural del campesino (por ejemplo, mejorar los niveles de producción, o las condiciones de consumo, de comercialización y de venta de fuerza de trabajo).

Es particularmente interesante el análisis que hace Muñoz Izquierdo acerca de las relaciones entre los pequeños y grandes productores, encontrando dos grandes enfoques: el de las relaciones benignas y el de la subordinación. En ambos lo-

caliza los sub-enfoques: el que considera que el sector informal tiene cierto grado de autonomía, y el que los percibe como integrados al sistema social más amplio. Con base en estos considerandos el autor plantea una estrategia que articule vertical y horizontalmente el sector informal, vinculando empresas autogestionarias (de producción, transporte y consumo); en tal sentido afirma que la educación de los adultos —si quiere favorecer realmente a los sectores más desprotegidos— debe orientarse por ese camino.

El segundo grupo de trabajos analiza los aspectos ideológicos, sociales y políticos de la educación de adultos: encontramos aquí textos de Thomas La Belle, Vanilda Paiva, Carlos A. Torres, y del Trío Alfonso Castillo-Arturo Sáenz-Luz Ma. Castro.

Thomas La Belle estudia las vinculaciones entre la educación no formal y el cambio social en América Latina, y sostiene que “la razón primaria por la cual la educación no formal no ha producido un cambio social significativo es el estrecho enfoque psicológico de los programas”, que se proponen exclusivamente el cambio de las personas, independientemente de las estructuras sociales.

Señala asimismo que los programas de educación no formal suscriben a dos grandes perspectivas ideológicas: 1) privación-desarrollo, ó 2) dependencia-liberación, y a dos criterios para el cambio social: a) psicológico, 2) sociológico, y después de describir diferentes tipos de proyectos, concluye que las dos perspectivas teóricas utilizan un criterio Psicológico, a pesar de los reiterados fracasos de los últimos treinta años. Para explicar la incoherencia de que predomine ese criterio aun con los resultados a la vista, propone varias respuestas, que van desde las características de los educadores y de las actividades, hasta las imposiciones conceptuales que imponen las agencias financiadoras de los proyectos.

El artículo de Vanilda Paiva presenta un análisis crítico del proyecto de “educación permanente”, señalando sus supuestos ideológicos y su correspondencia con las tendencias actuales del capitalismo (central o periférico). Para la autora, la idea de educación permanente nace a partir de ciertas características del capitalismo tardío, como el tiempo libre, la extensión de la escolaridad, y fundamentalmente el reciclaje, que es el conjunto de exigencias impuestas a la calificación de la fuerza de trabajo por la automatización. La educación permanente aparece así como una ideología pedagógica que sintetiza exigencias aparentemente contradictorias: recupera ciertas preocupaciones democráticas al mismo tiempo que preserva aquellas típicas de la tecnocracia.

Carlos A. Torres, por su parte, afirma que la educación de los adultos en América Latina está determinada por el modelo de acumulación de capital y los regímenes políticos que detentan el poder. Su hipótesis fundamental es que “la educación de adultos no jugó un papel relevante en la alianza de clases que acompañó al modelo de industrialización (1940-1970)”, y que esto explica su relativo subdesarrollo e ineficacia con respecto al sistema formal.

El trabajo comprende tres partes. En la primera se presenta el marco metodológico que utilizará para el análisis. La segunda intenta una periodización del desarrollo de la educación de adultos desde una perspectiva histórica-estructural. La tercera pretende llamar la atención sobre tres terna poco investigados: 1) el

valor económico de la educación de adultos bajo las nuevas condiciones del capitalismo; 2) la creciente participación de grupos de base no gubernamentales y sus implicaciones; 3) las estrategias alternativas para la educación de los adultos, en donde el autor identifica como una de las más sugerentes a la propuesta “reconstruccionista” de Carlos Muñoz Izquierdo que hemos comentado párrafos atrás.

El ensayo de Castillo-Castro-Sáenz analiza las políticas y servicios vigentes en la educación para los adultos en México, tanto las gubernamentales como las no gubernamentales. Después de efectuar una evaluación preliminar propone una serie de recomendaciones agrupadas en 5 categorías: 1) objetivos de la educación de adultos; 2) el sujeto a quien se dirige la acción educativa; 3) las estrategias educativas para adultos 4) los medios educativos; 5) la vinculación de la Educación de Adultos en el contexto.

Un tercer grupo de trabajo esta constituido por dos artículos que abordan una discusión crítica sobre la educación de los adultos campesinos, el desarrollo rural y el extensionismo agrícola. El primero, elaborado por Joao Bosco Pinto, cuestiona el término “desarrollo”, describe el proceso del aprendizaje del campesino adulto y señala algunas premisas que orientar la acción educativa. Finalmente, al vincular la educación de los adultos campesinos con el desarrollo rural, enfatiza las relaciones entre educación y trabajo, por un lado, y educación y organización, por otro. El segundo trabajo (y último de esta primera parte) es de Alberto Montoya, quien analiza la ideología subyacente en los programas de extensionismo agrícola: el modelo de difusión de innovaciones. Con base en ese análisis, describe la institucionalización del modelo en programas de desarrollo rural, que tipifica en cuatro categorías de acuerdo a la naturaleza del proceso económico donde ellos se aplican, a la estructura socioeconómica de la región y a las metas de los programas.

Segunda Parte

Aquí se estudian aspectos específicamente pedagógicos de la educación de los adultos. También aquí identificamos tres tipos de trabajos. El primero está constituido por los ensayos de Isabel Infante, de Gustavo Cirigliano —Carlos Paldao y de César Picón. El ensayo de Infante analiza algunos supuestos de los programas de alfabetización: 1) la relación causa-efecto entre alfabetización y desarrollo económico; 2) la “bondad” o la “necesidad” de “integración” de los analfabetos, 3) la alfabetización cumple una función importante para el analfabeto, y 4) las acciones intencionalmente alfabetizadoras son las principales instancias de alfabetización. El segundo trabajo describe las tres grandes etapas en la evolución histórica de los supuestos que fundamentan la educación de los adultos. El lema del primer momento (1950) es “hay que ajustarse al mundo cambiante y nuevo”; el del segundo (1960) es “el adulto es educable, pero es diferente del niño y del adolescente”, y el del tercero (1970) es “todo hombre puede aprender de la realidad y coeducarse con los demás hombres”. Finalmente, los autores proponen 12 elementos a considerar en una nueva perspectiva.

César Picón analiza exhaustivamente cada uno de los elementos que integran el sistema de educación para los adultos. Una de sus hipótesis es que la educa-

ción de los adultos se va perfilando como instrumento de la promoción integral y comunitaria y como instrumento estratégico para el desarrollo educativo global. Para el autor son tres los programas estratégicos para la década de los ochentas: 1) alfabetización y servicios educativos consecuentes; 2) educación de los adultos como componente del desarrollo rural integrado; 3) programas educativos de las poblaciones indígenas.

Un segundo grupo de artículos refleja las propuestas surgidas de dos experiencias, una brasileña y una chilena. La primera de éstas corresponde al artículo que MOBREAL (Movimiento Brasileño de Alfabetización) elaboró especialmente para este libro, en el cual se presentan los fundamentos pedagógicos y metodológicos elaborados por ese organismo en sus diferentes programas: alfabetización, acción comunitaria, salud, deporte y trabajo. Como se puede suponer, la concepción de Freire está presente a lo largo de todo el discurso.

La experiencia chilena, relatada por Gilberto Calvo y Donald Lenke, proporciona un nuevo enfoque para la Educación de los adultos en programas dirigidos a grupos de extrema pobreza. Después de comentar lo que realmente ocurre cuando los programas parten de las necesidades y los intereses de los adultos (analizan programas de nutrición, capacitación de padres y líderes comunitarios, autoconstrucción de letrinas y capacitación en huertas), proponen nuevas bases para vincular la educación de los adultos con los programas de carácter socioeconómico.

Finalmente, en el tercer grupo encontramos dos artículos íntimamente vinculados entre sí, pues el propósito de ambos es analizar el estado actual de la investigación de la educación de los adultos en el continente.

El primer ensayo, de Jorge Ochoa y Juan E. García Huidobro, a partir del análisis de 1,000 documentos y de 39 cuadros concluye —entre otras cosas— que la educación de los adultos aparece más ligada a lo institucional, se concibe como un perfeccionamiento del sistema y es estudiada mayoritariamente por dependencias nacionales. Por el contrario, la educación no formal se preocupa por el tema educación y sociedad, propone caminos alternativos al sistema y es abordado fundamentalmente por organismos extranjeros.

El segundo ensayo, que utiliza como una de sus fuentes las conclusiones del anterior, es un trabajo de Sylvia Schmelkes que analiza minuciosamente el estado actual de la investigación básica, de la investigación aplicada, de la investigación evaluativa y del desarrollo experimental en torno a la educación de los adultos. Su conclusión central es que la mayoría de las investigaciones no se preocupan por las relaciones entre educación y sociedad, y que los esfuerzos investigativos se orientan hacia las urgencias de los programas de adaptación que todos conocemos.

Tercera Parte

Aquí se relatan cinco experiencias. La primera recoge las líneas básicas del sistema de “educación permanente” del ya citado MOBREAL, que sería interesante confrontar con el texto de Vanilda Paiva. La segunda describe la experiencia “Au-

todidactismo Solidario” en el valle del Mezquital, relatada por Salvador García Angulo. Los aspectos más interesantes son: el cuadro de necesidades sentidas, los logros y las dificultades del grupo autodidacta, y los programas de salud, organización económica, tecnología apropiada, autoinvestigación y comunicación. Otra experiencia a estudiar por los educadores populares latinoamericanos es el proyecto “Padres e hijos” del CIDE (Centro de Investigación y Desarrollo de la Educación, Chile), pues orienta sobre las vinculaciones que se pueden establecer entre la escuela (en este caso el nivel preescolar) y la organización de la comunidad. Las otras dos experiencias se refieren a la campaña de alfabetización nicaragüense, (asesorada, entre otros expertos, por Paulo Freire) que retomó experiencias anteriores (Cuba, Mozambique, etc.) pero adaptándolas a las peculiaridades locales. El primer trabajo fue elaborado por Francisco Lacayo, en nombre del Ministerio de Educación, y el segundo por el economista estadounidense Craig Richards, quien relata su experiencia como testigo de la campaña.

Cuarta Parte

He aquí uno de los principales problemas de la educación de los adultos en América Latina: la formación de los educadores-promotores. Este tema se trata en dos artículos: uno elaborado por el Centro Nacional de Productividad de México (CENAPRO) y otro por Bernardino Mata, de la Universidad de Chapingo. El primero expone su programa de capacitación en la “multiplicación sucesiva”, consistente en la capacitación de agentes multiplicadores situados en diversos niveles dentro del programa, con el apoyo de medios de comunicación masiva y paquetes multimedia.

El segundo trabajo plantea un enfoque radicalmente diferente: la educación participativa. Particular interés revisten sus cuatro tesis sobre la capacitación campesina, y la metodología desarrollada en los TCU (Trabajos de Campo Universitario), que aparece como una alternativa concreta al programa tradicional de extensión o asistencia técnica.

Finalmente, la guía práctica para la formación de programas de educación de adultos que José A. Pescador presenta en el apéndice, contiene una serie de puntos concretos que deben tomarse en cuenta. El trabajo brinda recomendaciones específicas, pero desde una perspectiva global que contempla todas las dimensiones que debe cubrir un programa.

Quizás uno de los méritos de esta antología sea reunir en un sólo volumen una gran cantidad de información de alta calidad, y organizarla a partir de criterios generales pero suficientemente claros. Por lo que hemos reseñado, se deduce que en ella se encuentra una gran pluralidad teórica, ideológica y política. Si bien algunos de los artículos han sido desarrollados, profundizados y publicados en forma independiente (el de Bernardino Mata, editado por la Universidad de Chapingo; el de Isabel Infante, por el Centro de Estudios Educativos; el de César Picón, por el CREFAL o el de Thomas la Belle por la UCLA, entre otros) el lector interesado en la educación de los adultos en América Latina tiene en este libro una magnífica oportunidad para acercarse al abanico de problemáticas que configuran el tema,

máxime teniendo en cuenta que no abundan estudios sistemáticos sobre el mismo. En este sentido nos es grato informar que el CEE, en coordinación con dos organismos gubernamentales mexicanos, ha publicado otra compilación ("Educación de Adultos: nuevas dimensiones en el sector educativo" es su título) que será objeto de nuestra próxima reseña.

Daniel Schugurensky
Centro de Estudios Educativos, A.C.

DE LA PEÑA, GUILLERMO, *El aula y la férula Aproximaciones de la educación*. El Colegio de Michoacán, 1981. Morelia, Mich., México (164 pp.).

Este libro contiene ensayos escritos por el autor en diferentes épocas y dados a conocer en diversas publicaciones; una de sus finalidades es analizar la educación desde un enfoque sociológico.

El libro consta de tres capítulos: I. Sobre la investigación educativa, II. Perspectivas en la historiografía de la educación mexicana y III. Educación y neocolonialismo. Finalmente, aparecen notas antropológicas de un estudio de dos escuelas mexicanas.

En el primer capítulo: "Sobre la investigación educativa", se señalan brevemente, desde un punto de vista histórico, los elementos más relevantes desarrollados al respecto en América Latina. También se comparan las diferentes actitudes y filosofías existentes sobre los problemas del hombre moderno dentro de su vida social. Al respecto, se insiste en la idea de prestar atención al justo y eficaz funcionamiento de las estructuras educativas, en cuanto que ellas puedan ser formalmente las transmisoras de conductas sociales y valores, así como de conocimientos

Durante la década de los años cincuenta, la investigación en educación era muy escasa; los trabajos que se presentaban eran más de carácter especulativo que científico. Más tarde empieza la necesidad de enfrentar los problemas educativos, diseñando marcos teóricos coherentes y metodologías rigurosas, para así servir de base a la planificación eficaz. Durante la década de los setentas, la investigación y la planificación eran realidades que distaban mucho de ser satisfactorias, y esto tal vez se debía, opina el autor, a la imitación de modelos provenientes de otros países desarrollados, los que educaban al hombre dentro y al servicio de los sistemas económicos vigentes, sin cuestionar el hecho de que esos sistemas pudieran contradecir abiertamente el mejoramiento humano, que es la meta del desarrollo de la educación. Se advierte entonces que quizá la forma de llegar a planteamientos no enajenados sería abordar directamente el fenómeno de la educación como parte integral, y estudiar rigurosamente sus vinculaciones estructurales.

De la Peña resalta en este capítulo la importancia que tiene la investigación en cuanto al análisis de los aspectos cualitativos de nuestros sistemas escolares, unido a una especial atención en las actividades educativas informales, para si-

tuar a los países latinoamericanos dentro de una dinámica integral de desarrollo humano.

Más adelante, el autor se refiere brevemente a algunos marcos teóricos para analizar el proceso de aprendizaje. Considera que la teoría funcionalista, de Emile Durkheim y Talcott Parson, no brinda las bases para comprender lo que en realidad es el sistema educativo. Por lo tanto, el marco más coherente sería no el que buscara las funciones, sino una teoría sociológica de conflicto para comprender cómo y por qué la educación ha sido instrumento de las clases poderosas. El principal exponente de esta teoría sería Marx, sin excluir a Gramsci, Simmel y Pareto. El autor señala las características sobresalientes de ambas teorías.

En el segundo capítulo: "Perspectivas de la historiografía de la educación mexicana", el autor parte de la hipótesis de que toda obra de historiografía educativa, mantiene explícitamente un panorama sobre las relaciones entre el fenómeno educativo y el contexto sociopolítico.

La organización del material se presenta mediante la división de la historia de México por periodos más o menos convencionales. prehispánico, colonial, decimonónico y contemporáneo, y la clasificación, para cada uno de estos periodos, de autores y obras según corrientes ideológicas o historiográficas.

La educación en la sociedad prehispánica. Dentro del enfoque misional (s. XVI) se consideran aquellos relatos que son más significativos; por ejemplo, Fray Bernardino de Sahagún, quien estudió las costumbres familiares, la economía, la religión y la política. Su visión fue compartida por Fray Toribio de Benavente y Hernán Cortés, quienes no aceptaban considerar a los indígenas como seres irracionales, incapaces de recibir el mensaje evangélico. Opuesto a este punto de vista están Fray Bartolomé de las Casas y Juan Inés de Sepúlveda: ambos consideraban dañino e inútil proporcionar educación formal a los indígenas.

Durante el siglo XVIII, con Francisco X. Clavijero, se recoge el espíritu de los frailes del siglo XVI y las ideas fundamentales de la Compañía de Jesús en esa época, donde se decía que las culturas no occidentales eran tan valiosas como las europeas, por lo tanto, la evangelización debía llevarse a cabo respetando el contexto cultural autóctono. Por otra parte, dentro del liberalismo y el positivismo, las tendencias que predominaron pretendían negar el pasado indígena y convertir a los mexicanos en imitaciones de norteamericanos o franceses.

El auge de la ideología positivista resucitó la curiosidad por la Historia Antigua. En este sentido debe ser considerada la obra de Manuel Orozco y Berra, que se centra dentro del enfoque evolucionista.

La educación en la sociedad colonial. Dentro del enfoque de la educación evangélica y la educación instrumental, el espíritu humanista de los misioneros se tradujo esencialmente en la actividad evangelizadora. Ejemplo de ello es Don Vasco de Quiroga, quien creó en su diócesis una sociedad de inspiración utópica, igualitaria y cristiana; así, utilizó la sabiduría agrícola y artesanal de los indígenas y la enriqueció con conocimientos europeos. Un ejemplo más son los colegios de Santa Cruz Tlaltelolco, fundado por los franciscanos, y el de San Gregorio, fundado por los jesuitas, ambos en la Ciudad de México. Dentro de la historiografía del siglo XIX, las opiniones varían según las tendencias políticas de los autores. De la

Peña señala aquí las obras de Vicente Riva Palacio y Don Justo Sierra, quienes realizan una síntesis de la vida nacional. Por último, entre otras citas de obras y autores, se analiza una nueva etapa en donde las obras, preferentemente monográficas, son realizadas en el marco de la Universidad Nacional Autónoma de México y el Colegio de México.

La educación en la sociedad mexicana en el siglo XIX. Dentro de las luchas entre liberales, conservadores y positivistas, también existían coincidencias en el deseo de formar y de modernizar económicamente el país, además de homogeneizar la diversidad sociocultural existente. Los autores mencionados por De la Peña en este caso son: Lucas Alamán, José Ma. Luis Mora, Lorenzo Zavala, Gómez Farías, Ocampo, Juárez y Ramírez. Consolidado el triunfo liberal, los positivistas se dieron a la tarea de diseñar un sistema educativo nacional, laico y dependiente del Estado. Gabino Barrera se encargaría de su organización. Los autores del siglo XX que escriben sobre el siglo XIX, corresponden a una generación de jóvenes reunida en torno al Ateneo Cultural. En el plan intelectual estos jóvenes eran severos críticos de sus maestros positivistas. Los ejemplos mencionados son José Vasconcelos y Alfonso Reyes, ambos críticos de la vida académica, sin dejar de reconocer los méritos de las instituciones. Otras dos obras mencionadas son las de Daniel Cosío Villegas y la de Guadalupe Monroy, en ellas predomina un entusiasmo por la obra de progreso que, curiosamente, recuerda a la ideología dominante de las épocas que estudian.

La educación mexicana en el siglo XX. El autor parte aquí de la Revolución Mexicana, que transformó la organización educativa nacional mediante la creación de un organismo federal, la Secretaría de Educación Pública (SEP), que tenga la autoridad para tomar decisiones y movilizar recursos en todo el territorio nacional. Vasconcelos, Bernardo Gastelum, Moisés Sáenz y Enrique Corno Morfín, manifiestan en sus obras las ideas que tenían con respecto a la educación. Más tarde, al ser nombrado Narciso Bassols ministro de la SEP, reorganiza el sistema educativo, abundando la literatura oficialista retórica que intenta definir qué es el socialismo en la escuela. Por su parte, De la Peña también hace mención de otros autores como Nathan Whetten, Octavio Véjar Vázquez, Manuel Gual Vidal, y José Angel Cisneros (los tres últimos fueron ministros de educación). Señala que Pablo Latapí ha hecho uno de los estudios más serios para analizar panorámicamente la educación pública. Asimismo, menciona algunas investigaciones realizadas por la SEP, particularmente las realizadas por la Comisión Integral para el Planeamiento Integral de la Educación (1967), como intentos serios en este campo.

Finalmente, el autor cierra este capítulo manifestando que la presentación de obras históricas, culturales y sociales de distintos autores y en distintas épocas, ayudarán a una mejor comprensión y análisis del proceso educativo en México.

En el tercer capítulo: "Educación y neocolonialismo: Seis problemas de investigación", el autor afirma que es lícito preguntarse si dentro de los países del llamado Tercer Mundo la planificación educativa presenta características específicas. Es por eso que presenta y describe algunos problemas de investigación que se plantean como previos a la planeación y al cambio educativo de orientación antiimperialista y popular. El autor sugiere que, de los distintos problemas planteados,

podrían diseñarse varias investigaciones específicas. Dichas investigaciones se enfocarían en diferentes aspectos como: educación y cultura colonial; educación y cultura nacional; educación y nacionalismo; educación, cultura popular y recursos educativos; educación y alternativas ocupacionales; educación democratización y centralismo, y, por último, la investigación como praxis.

En lo referente a estos problemas de investigación, la idea principal es analizar los antecedentes históricos y culturales como factores que de alguna manera han incidido en la educación. De hecho retoma parte del recorrido histórico reseñado en el capítulo anterior.

Finalmente, el libro presenta notas antropológicas de escuelas mexicanas con la finalidad de analizar el contexto social del fenómeno escolar y entender las causas del problema educativo. La metodología escogida para este análisis es la de la antropología social, que tiene tres momentos interrelacionados dialécticamente: la inmersión en el universo de estudio, la descripción sistemática del universo y el análisis. Así, se vuelve a reafirmar la idea de señalar el papel de la educación dentro de un sistema de reproducción de una sociedad y de sus condiciones de existencia.

En resumen, la obra de De la Peña es valiosa en términos de una aproximación a los antecedentes históricos como forma de entender la educación en México. Además, en la parte final de la misma, se presenta la bibliografía consultada por el autor, brindando así las fuentes directas que a lo largo del trabajo comenta.

Ma. Elena Guijosa A.

CEE

VARESE, S.; RODRIGUEZ, N.; Gigante, E. y otros, *Indígenas y Educación en México*. Coedición Grupo de Estudios Sobre el Financiamiento de la Educación (GEFE)-CEE, A.C. México 1983, (204 pp.).

El libro está dividido en cuatro secciones principales:

1. Aspecto antropológico

Puesto que se trata precisamente de educación indígena, era obvio que esta parte estuviese dedicada a estudiar sucintamente el concepto de etnia, de cultura, y su verificación en la realidad. Asimismo, resulta muy adecuado que se establezcan los criterios para caracterizar las comunidades étnicas actuales, y que se busque explicación tanto a la permanencia de las etnias a través de los siglos —a pesar de los ataques de que son objeto—, como a su continua readaptación para lograr la sobrevivencia en un mundo tan diferente del suyo. Resulta también interesante la exposición de las condiciones externas e internas en que viven las etnias y se reproducen.

Se reconoce el papel preponderante que la lengua tiene en la realidad; en efecto, sin la lengua la cultura de cualquier etnia resultaría incomprensible, ya que el idioma es “aquello en lo que se hallan encerradas y establecidas las experiencias y el saber de las generaciones pasadas”; o, en otras palabras, la lengua es “el

indicador sintético de una etnia, y por ende, de una cultura” (p. 25).

De estas proposiciones se deducirá más adelante el papel importantísimo que debería jugar la lengua vernácula en la educación indígena.

II. Diagnóstico de la educación

Los autores exponen un abundante material: demográfico, acerca de la matrícula, de la eficiencia interna, de los recursos, de los costos. Con datos tan abundantes, el diagnóstico queda sólidamente fundado.

Aunque no conozco personalmente las regiones que se eligieron, creo que puedo emitir una opinión al respecto, ya que, como antropólogo social, he trabajado más de siete años entre los indios tseltales de Chiapas. Parte de ese tiempo lo he dedicado precisamente al estudio de la educación que se imparte a los indígenas tanto en las escuelas federales como en las del Instituto Nacional Indigenista (INI).

Comparto las opiniones y juicios de los autores a este respecto. Además, quiero recalcar que sus juicios y críticas no se reducen a generalidades, sino que con rigurosidad científica, van analizando cada uno de los tópicos.

Así, tenemos por ejemplo:

— *Los maestros, su extracción social*, su situación de poder dentro de la comunidad, su cierto rechazo de la propia cultura. De todo esto se sigue en los maestros, un conflicto de lealtades, las cuales, es obvio, influyen en sus alumnos.

Por lo que a los *alumnos* respecta, se analiza en especial la situación de los que viven en albergues (especies de internados), y los daños de inadaptación, dificultad de aprendizaje, etc., debido a que se les extrae de su familia y de su comunidad.

Los horarios y calendarios no difieren en nada de los de la ciudad, y no se tiene en cuenta que los alumnos juegan un papel importante en su familia, por ejemplo, en las tareas agrícolas.

Se analizan asimismo con claridad los planes y programas, los materiales didácticos, los contenidos y la no adaptación de buena parte de ellos a las culturas indígenas.

III. Escenarios de la educación

Se presentan los diversos enfoques con que se estudia en nuestro país el problema de la educación indígena.

En el *escenario cultural* aparece la “incapacidad de la escuela para vincularse profunda y orgánicamente al mundo de la comunidad étnica”, y las consecuencias que de allí se siguen para los indígenas.

Se nos ofrece posteriormente una proyección demográfica hasta el año 2000, de los recursos con que se cuenta y de los costos que supondrá ese incremento poblacional.

Luego, en el *escenario deseable*, se nos presenta la utopía de la forma como debería desarrollarse la educación indígena y todo lo que esto supondría aun en el mismo ámbito nacional.

IV. *Estrategia*

Los autores exponen la estrategia, tanto cuantitativa como cualitativa, que habrá de seguirse para afrontar el problema. *La estrategia cualitativa*, en mi opinión, es un aspecto de la utopía.

En suma: me parece que el libro logra su propósito, sobre todo en lo que se refiere a la prestación del problema de la educación indígena y a su diagnóstico, lo mismo que en la parte preliminar antropológica.

En cambio, en la última parte, que atañe a los aspectos propositivos, estratégicos, me queda la impresión de que son demasiado utópicos y de que pueden hacer correr el riesgo de conducir a una cierta desesperanza. En todo caso, me parece que se requeriría otra parte del capítulo en el que la utopía se propusiera como por grados, es decir indicando lo que parece factible, al menos en buena parte, a un corto plazo. Supuesto ese logro, se indicaría cual sería la meta utópica posterior, y así por consiguiente.

Eugenio Maurer
CEE